

SEÑAL MEMORIA

13 de septiembre de 1952

Presidente de la República

Roberto Urdaneta

Alocución dirigida a los colombianos en la noche del 13 de septiembre de 1952.

En otras ocasiones en que me he dirigido al país, lo he hecho con el aliciente patriótico de iniciar obras de progreso para el bien común, o a fin de inaugurar las que acababan de terminarse, o bien para poner a mis conciudadanos al tanto de vastos programas del gobierno, encaminados a elevar el nivel de vida de las clases menos favorecidas por la fortuna. Lo hice no hace mucho, para dar comienzo a la construcción del Centro Urbano Antonio Nariño, que habrá de otorgar sano y hermoso alojamiento a más de seis mil personal de la clase media, y luego para entregar cerca de seiscientas casas destinadas a dar techo a otras tantas familias pobres que carecían de él.

Hablo hoy sin ningún grato incentivo, con amargura en el alma, sólo para referirme a los acontecimientos bochornosos ocurridos en Bogotá hace una semana; nueva estación del largo viacrucis que la pasión sectaria y la violencia despiadada han hecho recorrer a esta patria querida, que viene regando el camino con su sangre y sembrándolo con girones de su gloria.

Sea lo primero, condenar los hechos ominosos que desconcertada presenció nuestra ciudad; esencialmente son condenables, y en forma expresa los condeno; ya lo hice en nombre del gobierno la noche misma de la desgracia y se ordenó abrir rigurosa investigación que será asistida por el procurador general de la nación, ilustre jurisconsulto de filiación liberal, para que no se me calumnie, lo hago de nuevo y de todas las veras de que soy capaz los vitupero y lamento. Para que no se calumnie he dicho, porque sé que no han faltado gentes osadas que se han permitido sugerir que miré complacido la tragedia y que influyó en su preparación.

Por fortuna me respalda toda una vida honesta y pulcra dedicada en mucha parte al servicio de Colombia. Las gentes buenas de mi patria saben que nunca me he manchado con acción villana; mal pudiera hacerlo ahora, cuando rindo la jornada, cuando es mayor

mi deuda y cuando las luces del crepúsculo penetran ya a través de mi ventana. A Dios gracias, la gran mayoría de los colombianos me rodea con su respeto y muchos con su afecto, de ello tengo pruebas fehacientes, y ello alegra mi vida y la serena. Así pues, nada me importa cuanto piensen esos pocos, los ciegos por el odio, los que así atentan contra una reputación levantada a través de más de medio siglo, como pondrían fuego a las más altas construcciones, si ello fuere oportuno, para satisfacer su pasión insana.

Me ausenté de la ciudad desde las horas del mediodía, sin sospechar jamás que del Camposanto, que invita a la serenidad, y a la reflexión, pudiera surgir el desenfreno, solamente a eso de las siete de la noche fui enterado de lo que estaba ocurriendo; me dirigí inmediatamente a palacio, pero llegue tarde, cuando estaba ya todo consumado; desgraciadamente se hallaron también fuera de Bogotá el ministro de gobierno y el de guerra, así como el comandante general de las fuerzas militares. Lamentare siempre esta infeliz circunstancia; de haberme hallado presente, habría puesto todo mi esfuerzo y aun hubiera salido personalmente, en caso necesario, para evitar cuanto ocurrió. Dios lo dispuso de otra suerte.

Sin distinción de colores políticos, el país ha condenado los excesos del 6 de septiembre, ello es obvio y no requiere ningún esfuerzo. El conservatismo lo hizo encabezado por sus directivas y por el expresidente Ospina Pérez, ilustre prócer del partido; el gobierno también, y reiteradamente; pero hay que agregar a la reprobación el examen imparcial de las causas que produjeron el fenómeno y análisis del hecho y de sus correctivos, a fin de que no pueda repetirse en lo venidero. A eso voy a entrar, siquiera sea en forma sucinta.

Para analizar los acontecimientos y su verdadero significado, no deben contemplarse aisladamente, prescindiendo de los antecedentes las circunstancias conco-

mitantes que los rodean. Aún en los fenómenos físicos, mucho más en los actos humanos, es indispensable contemplar todo el paisaje, concatenar los hechos para poder otorgarle su verdadero valor, porque la naturaleza lo mismo que la historia, tiene lógica ineluctable.

Desde hace más de cuatro años, desde el nefando 9 de abril, cuando las hordas enfurecidas convirtieron en escombros parte importante de la capital y tomaron en cenizas las mansiones del Primado y del Nuncio de Su Santidad; redujeron a escombros el Palacio de Justicia y el de la Cancillería, así como las imprentas que creían adversas y la residencia del gran republicano, doctor Laureano Gómez, presidente titular, quien entonces ejercía el cargo de Ministro de Relaciones Exteriores y quien constituye una de las glorias de más alta significación americana; cuando altos y autorizados personajes de un partido político, en vez de cerrar filas contra la barbarie, respaldándose en ella entraron en la morada de los presidentes a pedir la dimisión del jefe de Estado, desde ese día, digo, la república no ha tenido un solo instante de verdadero sosiego.

La moral de las masas ya relajada por aquellos hechos increíbles, vino a pervertirse aún mucho más cuando las mayorías del Congreso se solidarizaron con los delincuentes y exaltaron con inaudita inconsciencia los crímenes inenarrables. Una ola de delincuencia se extendió entonces por los ámbitos de la república, perpetrada, en mucha parte por cerca de tres mil reos rematados que el 9 de abril fueron puestos en libertad.

A la sombra de estos hechos, y cohonestados por el clima político tremadamente apasionado, empezaron a organizarse grupos de insurgentes y de forajidos que fueron concentrándose en lugares apartados donde se hacía difícil la acción de la autoridad, tanto por lo distante de las regiones en que actuaban como por las circunstancias mismas del terreno.

Proligo sería, fatigante y además inútil, describir o mencionar siquiera la serie innumerable de depredaciones y de crímenes horrendos llevados a cabo por estas hordas despiadadas, que califican unos como bandoleros o malhechores, y honran otros, apellidándolos guerrilleros o revolucionarios. Asesinatos en masa de gentes indefensas, hombres, mujeres y niños; incendios de aldeas y de chozas campesinas, robos de caudales, ganados y sembradíos; asesinatos a mansalva, sobre seguro y a traición, de soldados y policías. En la sola semana del 6 de septiembre, además de la carnicería canibalesca de los cinco agentes de la División Bogotá, asesinaron y mutilaron cobardemente once inermes labradores en Alvarado, pequeña población vecina de Ibagué, y ultimaron en una emboscada a diez y nueve hombres, entre soldados y civiles, cerca de Puerto Páez.

Diariamente recibo el parte de asesinatos alevos que no se comunican a la prensa para evitar que crezca la indignación; pero el hecho no puede reservarse indefinidamente porque existen los deudos, padres, esposas, hijos, y los dolientes van creciendo día por día, hasta formar triste cohorte de amargados.

De esperarse fuera que ante semejante y salvaje empresa, todos los hombres de bien, todas las gentes patriotas, todos los colombianos cristianos se congreguen para poner dique a la barbarie; por desgracia no ha ocurrido así: personajes de alta alcurnia, dirigentes de extendida influencia, ciudadanos cuya orientación acatan dilatadas zonas de opinión, no solamente no han atajado la obra devastadora, sino que la cohonestar, se muestran solidarios o simpatizantes al menos con quienes la realizan y aún se atreven a aconsejarles que mantengan sus posiciones.

El gobierno ha hecho los mayores esfuerzos para conseguir la colaboración de todos en la defensa del orden; propició con ahínco el traído y llevado acuerdo de octubre; finco en él ciertas esperanzas, pero quienes ahora lo enarbolan se negaron primero a ponerlo en marcha, y luego, cuando en parte tuvo desarrollo y cuando como consecuencia de las gestiones que en efecto se hicieron resultó que un grupo de cabecillas del Llano formuló su voluntad de acatar la decisión de las directivas liberales, y éstas, no solamente no ordenaron jamás cesar el fuego ni deponer las armas, sino que prohijaron, al menos tácticamente, la absurda pretensión de otros matarifes que osaron exigir, en pureza, la rendición incondicional del gobierno.

Todo esto es deplorable, perjudicial y evidentemente peligroso; pero hay algo que considero más grave todavía, y es que, al par que se mostraba esa marcada afición por los bandoleros, se inferían agravios y amenazas contra las fuerzas armadas, que, heroica y desinteresadamente, venían luchando por restaurar el orden. Se las equiparó con los malhechores; se las colocó en pie de igualdad con sus propios asesinos y, al mismo tiempo que para éstos se pedía la amnistía incondicional, se preconizaba para aquéllas la investigación rigurosa y los procesos criminales.

No sostengo que los miembros de las fuerzas armadas sean todos impecables o incapaces de cometer abusos aun de perpetrar delitos, pero los que delinquen son casos excepcionales, y son los mismos jefes y oficiales los más interesados en aplicar el correctivo y la sanción. Constituyen por tradición las fuerzas armadas la real orden de caballeros, que rinden al honor culto obsecuente y vigilan sin descanso por la pureza inmaculada de su escudo. La espada ha sido siempre el símbolo del caballero; bastaba para ser consagrado como tal, el espaldarazo, simple contacto con el noble acero. Los pueblos todos confían en sus ejércitos la

guarda de su honor. ¿Como no hacer otro tanto y como no depositar seguridad y fe en las armas de la patria?

¡De qué modo entender que haya colombianos, y gentes de mucha cuenta, por cierto, que se atrevan a denigrar a nuestros soldados y a ensalzar a quienes los asesinan? La explicación es simple y está en el hecho de que, en Colombia se presentó el fenómeno singular de la coexistencia de una insurgencia armada con una posición que, aparentemente al menos, pretendía desarrollarse dentro del marco de la ley, pero siguiendo, una y otra, líneas convergentes, que desembocaban en un objetivo común, con la mera discrepancia en cuanto al procedimiento, como lo he dicho alguien muy autorizado. De allí que las garantías otorgadas a la oposición incidían en aliento y ventaja para la subversión y que los golpes asentados a la subversión produzcan descalabros y desmedro en las filas de la oposición. Una con otra constitúan especie de vasos comunicantes, cuyo régimen natural era que el líquido que en uno se vertía, inexorablemente alimentaba al otro y viceversa, que el líquido extraído de uno de los vasos, bajaría necesariamente el nivel del compañero.

De otro lado, las víctimas de los bandoleros miraban a los opositores como causantes de sus desgracias o como coautores de ellas, y era claro que, a medida que el número de los agraviados crecía, la copa iba llenándose, hasta que, por fin, rebosó en forma de retaliación criminal y abominable tanto más execrable cuanto que se llevó a cabo mientras iban al eterno reposo cinco heroicos mártires del orden.

Percatado el gobierno del peligro de que continuaran creciendo estos engendros siameses y alarmado con la tragedia del 6 de septiembre y con sus características especiales, resolvió detener el proceso buscando ante todo armonía con las directivas y con los periodistas de los partidos. Hablé extensa y francamente con los doctores Abelardo Forero Benavides y Francisco Umaña Bernal, caballeros designados al efecto por el Directorio Nacional Liberal, y les expresé mis temores de que, si continuaba marchando esa campaña de apoyo a los bandoleros y agravios a las fuerzas armadas, iría haciéndose más pesado el ambiente, y no sabíamos si algún día llegaría en que desbordara la opinión popular en protesta por los asesinatos de paisanos, soldados y policías, y los agentes de la autoridad no desplegaran todo su entusiasmo para defender vigorosamente a sus propios detractores contra la reacción indignada de sus amigos. Previsión era ésta apenas lógica y que cabe en cualquier cabeza humana.

Invité, por conducto de los comisionados, a las directivas y a la prensa liberal a cesar su proterva y peligrosa campaña y bien claro les expliqué que el gobierno tenía completa seguridad en el acatamiento de las fuerzas armadas: que ahora no veía peligro alguno

y que estaba en plena capacidad de otorgar todas las garantías y seguridades que pudieran apetecer los doctores López y Lleras. Les manifesté, así mismo, cuánto lamentaba no haberme hallado en la ciudad cuando ocurrieron los sucesos del sábado pasado y mi convicción de que, si hubiera estado aquí, habría evitado, con la ayuda de las fuerzas armadas, ejército y policía, todos los desafueros.

Sin embargo, de todo esto y de que esa es la pura y la única verdad, parece que los señores López y Lleras han tergiversado por completo mi actitud y le han dado una interpretación aviesa, completamente distinta del único sentido que en realidad tuvo. He aquí la forma como se corresponde a la sana intención del gobierno de buscar armonía y entendimiento.

Por lo demás, los señores López y Lleras se han presentado a la Embajada amiga de Venezuela en actitud de refugiados; sin que haya nada que justifique tal actitud; nadie los persigue y el gobierno está dispuesto a darles las seguridades que soliciten, con plena capacidad para hacerlas efectivas.

No tendría que observar cosa alguna a la determinación de retirarse a la Embajada de Venezuela, adoptada por los doctores López y Lleras, si no estuviera precedida de la insistencia en desacreditar el país atribuyendo a quien ejerce el poder propósitos que no abriga y palabras que no ha pronunciado, porque según informaciones cablegráficas que hoy he recibido, en varios periódicos extranjeros se afirma que los dos jefes liberales se han puesto al abrigo de la nación hermana porque yo les he negado la protección de sus vidas. Monstruosa imputación que indignado rechazo en honor a la verdad y en defensa del decoro de la república. Es oprobioso que se insista en provocar escándalos internacionales con daño para el país a base de tergiversaciones, que espero no tendrán el eco apetecido. Es evidente, por otra parte, que los doctores López y Lleras tenían preconcebido el propósito de acudir a la Embajada antes de conocer mis declaraciones que ahora toman como pretexto, pues una de las cosas que los señores comisionados de la dirección me manifestaron al iniciar nuestra primera entrevista, fue la de que los doctores López y Lleras consideraban que sus vidas estaban en peligro.

He sido informado de que eminentes juristas estudian actualmente la posibilidad de entablar contra la Nación una acción de perjuicios, en nombre de los damnificados del 6 de septiembre y que ella cubrirá no sólo los daños materiales, sino también los morales que hubieran podido deducirse de actos y omisiones culpables de las autoridades. Ya aquí se ha dicho que los solos perjuicios materiales sufridos por los propietarios de *El Tiempo* montan tres millones de pesos y he leído en los cables de París que el doctor Eduardo San-

tos los aprecia en cinco millones de dólares. Ninguna observación tengo que hacer al propósito de instaurar la demanda y el gobierno cumplirá sin vacilar la sentencia de los jueces.

Me surge la idea, de que así como los ciudadanos tienen derecho a reclamar indemnización por los perjuicios materiales o morales que el Estado en alguna forma les ocasione, no puede faltar a la Nación idéntico derecho contra los individuos que, por acción u omisión culpable, lesionaron al Estado; pues no es posible que los derechos del pueblo sean menores y se encuentren desvalidos ante los derechos de los individuos en frente del Estado. No dudo de que existirá alguna ley que así lo disponga, pero, de no ser así, habría que expedirla cuanto antes para subsanar tan flagrante injusticia.

Como la Divina Providencia, muchas veces del alma hace surgir el bien, pudiera ser que Ella quisiera depararnos frutos benéficos de la amarga copa del crimen de septiembre; por lo pronto llama la atención la reacción general. Más de dos años habían corrido durante los cuales se sucedían crímenes horrendos en apartadas regiones del territorio, sin que la opinión pública se manifestara en forma unísona contra ellos; depredaciones sin cuenta, incendios innumerables que dejaron pobres familias en la intemperie la miseria; las noticias se recibían con marcada indiferencia, y aún por algunas gentes, con cierta complacencia.

Fue necesario que la tragedia centrara a las calles centrales de la ciudad y que las llamas hirieran importantes empresas y los domicilios de dos prominentes ciudadanos para que despertara la conciencia pública que yacía dormida. Tal parece como si se confirmara el amargo pensamiento de José E. Caro: «Las lágrimas sólo en copa de oro merecen compasión». Lo que es

preciso buscar ahora es que la indignación y la protesta cubran unánimemente y por igual todos los incendios; los que afectan a los grandes y los que aniquilan a los pequeños y que se anatematicen así mismo los crímenes contra las personas, los que causan daños irreparables que no se subsanan con dinero: los que extinguen para siempre la vida de tantos colombianos. Si esto fuera así, y si de aquí viniera el propósito firme de acabar con la violencia, surgiría, entonces sí, un foco de luz; veríamos brillar los astros en el firmamento con tanto mayor fulgor cuanto más negra se mostrará la oscuridad de la noche.

Yo invito a todos los colombianos a que convirtamos en realidad esta esperanza, a que luchemos juntos para restaurar la normalidad, tanto en las ciudades como en los campos y a que abramos el camino del retorno a la tranquilidad para todos; a la fraternidad entre todos y al imperio pleno de las previsiones amables de nuestra Constitución para las épocas normales.

Por fortuna, una gran parte del país está gozando de completa paz. Los cuatro departamentos de la Costa Atlántica, los dos Santanderes, el Cauca, el Valle y Nariño, Caldas y casi toda Cundinamarca; parte de Antioquia, Huila y el Chocó. La inmensa mayoría de los habitantes del país desean que los dejen trabajar y que no se estorbe al gobierno en sus planes de progreso. Si todos a una nos empeñamos sinceramente en acabar los reducidos focos de inquietud que aún subsisten, pronto veremos restañadas las heridas de la patria. El gobierno no aspira a otra cosa; no guarda rencores ni busca retaliaciones; lo inspira un ánimo generoso para todos y eleva del fondo del alma sus plegarias al Altísimo para que brille pronto en nuestra patria la clara aurora de la paz.

Roberto Urdaneta Arbeláez